

# DON ALVARO DE SANDE,

## CRONISTA DEL DESASTRE DE LOS GELVES

Cae fuera de nuestro propósito recoger aquí la figura heroica de D. Alvaro de Sande que, por otra parte necesitaría, no la estrechez de un trabajo monográfico, sino la amplitud de un libro de cientos de páginas, para que la visión fuera completa. Aunque, complementariamente, a fin de una mejor comprensión, sea indispensable trazar breve nota biográfica, cíñese hoy nuestra tarea a la menos ambiciosa y más original empresa de presentar al ilustre paladín en su casi ignorada faceta de escritor, de cronista; queremos que el nombre de Sande, que hasta ahora nos sonó únicamente a guerrero, tenga, en el futuro, un lugar, modesto si se quiere, en la bibliografía de autores extremeños que escribieron relatos históricos.

Este deseo de presentar a D. Alvaro como historiador lo centramos hoy en un único escrito, relativo a un sólo episodio: la carta en la que explica a Su Majestad el tristemente célebre desastre de los Gelves (1).

Este relato nos había llegado con interpolaciones en el propio texto, recogiendo los juicios del Duque de Medinaceli, jefe de aquella empresa (2). Con ello, quedaba desdibujado el nombre de Sande como autor. La modesta tarea de aislar su texto y

---

(1) Con las anotaciones del Duque de Medinaceli, que mencionaremos, se conserva original en la Biblioteca de la Real Academia de la Historia, *Colección Velázquez*, tomo 36.

(2) Vid. Cesáreo Fernández Duro: *Estudios históricos del reinado de Felipe II*. Madrid, 1890, pág. 199 y sigtes.

darlo íntegro y literalmente, con absoluta independencia y como obra propia, es el único alcance del presente trabajo.

Como quiera que las aludidas interpolaciones de Medinaceli son comentarios directos a lo escrito por D. Alvaro, no parecía oportuno prescindir en absoluto de ellos; por tal causa, se han sacado de los lugares en que rompían el relato, para darlos en forma de notas.

Aprovechando que disponemos del único y desconocido documento que puntualiza la muerte de Sande y algún otro ignorado detalle de su vida, hemos querido sumar esta pequeña aportación a la historia del paladín ilustre, publicando en apéndice el aludido documento (3).

\* \* \*

El que hoy queremos presentar como cronista fué, ante todo y sobre todo, un magnífico general de los ejércitos de Carlos V y Felipe II, que mereció del genovés humanista Foglietta una biografía (4), no editada aún y próxima a publicarse (5).

Nació D. Alvaro de Sande en Cáceres, en la paterna casa solariega, situada tras la iglesia de San Mateo, al lado de la de Solís. Era hijo segundo de otro Alvaro de Sande, III Señor de Valhondo, y de D.<sup>a</sup> Isabel de Paredes Golfín, dama de Isabel la Católica, hija del camarero de la misma Reina, Sancho de Paredes Golfín.

Los Sande, que vinieron a la villa en tiempos de D. Juan II, ostentaron el citado señorío de Valhondo (6); los Golfines, seño-

(3) Se trata del testamento del hijo de D. Alvaro, Rodrigo de Sande, que se guarda en el archivo de los condes de Canilleros, mayorazgo de Blasco Muñoz, leg. 46, núm. 45.

(4) Huberto Foglietta: *Historia de D. Alvaro de Sandi, Marqués de la Piovra. De sus prudentes, cristianos y valientes hechos en armas en las guerras del Emperador Carlos V y del Rei D. Phelipe*. Ms. en la biblioteca extremeña de don Antonio Rodríguez-Moñino.

(5) El anterior manuscrito lo va a publicar D. Miguel Angel Ortí Belmonte con comentarios, notas e interesantísimos y copiosos apéndices documentales.

(6) El primer venido a Cáceres, desde Galicia, fué Alvaro de Sande, casado con Inés González Espadero. Hijos suyos fueron: Pedro de Sande, I señor de Valhondo, sin sucesión, y Juan de Sande, II señor de Valhondo, casado con doña Teresa Álvarez de Ulloa, cuyo hijo primogénito fué Alvaro de Sande,

res de Torre Arias, eran de más antiguo arraigo y mayor preponderancia (7). Por ambas líneas, paterna y materna, D. Alvaro descendía de nobles linajes cacereños, teniendo, además, en el citado abuelo, Sancho de Paredes Golfín, personaje de primer orden, un gran valedor para relacionarlo con monarcas y magnates.

Destinado, como segundón, a la carrera eclesiástica, Sande llegó a ocupar la dignidad de Tesorero de la Catedral de Plasencia; pero como su vocación le llamaba a las armas, trocó pronto los hábitos por la coraza.

Las primeras armas las hizo en la victoriosa jornada del Emperador a Túnez, en 1535. Actuó luego en Susa—1537—y Castellново—1538—, destacándose en la pacificación del motín de las tropas españolas de Sicilia, sublevadas por falta de paga, episodio que le valió la primera cita histórica, hecha por el obispo Sandoval en un tono que anuncia ya su futura categoría. Dice así, sobre el comisionado por Gonzaga para ir a apaciguar a los rebeldes: «embió contra ellos a Don Alvaro de Sandi, que como de aquí adelante veremos, fué un muy eforçado Cavallero» (8).

En una nueva expedición a Africa, con las flota y tropa que mandaban, respectivamente, el príncipe Andrea Doria y D. Hernando Gonzaga, tras de lograr victorias contra Dragut, el gran enemigo del César, Sande quedó como jefe en la conquistada ciudad de Monasterio, en la que había de realizar grandes hazañas, sosteniendo duras luchas con los infieles, tal como la salida

III señor de Valhondo, marido de D.<sup>a</sup> Isabel de Paredes Golfín y padre del famoso D. Alvaro de Sande. *Memorial de la calidad y servicios de la casa de don Alvaro Francisco de Ulloa...* (comúnmente llamado *Memorial de Ulloa*). Madrid, 1675, fols. 75 y sigtes.

(7) Los Golfines asientan en Cáceres en el siglo XIII. Alfonso X concedió a Alfón Pérez Golfín, en señorío, la dehesa de Torre Arias. Fué uno de los más poderosos linajes de la localidad. Vid. *Memorial de Ulloa*, cit., fols. 101 y siguientes y 112; y Antonio Floriano: *Repertorio heráldico de Cáceres. Los Golfines*, en REVISTA DE ESTUDIOS EXTREMEÑOS. Badajoz, 1950, tomo VI, páginas 31 y sigtes.

(8) Fray Prudencio de Sandoval: *Historia de la vida y hechos del Emperador Carlos V.* Pamplona, 1634, 2.<sup>a</sup> parte, pág. 349.

en socorro del destronado Muley Hacen, en 7 de noviembre de 1540 (9).

Fracasados los intentos para que Barbarroja pasara al servicio de Carlos V y destruyese la escuadra turca, el 20 de octubre de 1541 anclaba a dos leguas de Argel una escuadra de cuatrocientos noventa buques con treinta y siete mil soldados, al mando del propio Emperador. En esta conocida y fracasada expedición contra Argel, las intervenciones de D. Alvaro fueron numerosas y destacadísimas, como correspondía al que era ya una de las más importantes figuras de los ejércitos imperiales (10).

Durante la cuarta guerra de Carlos V con Francisco I de Francia, D. Alvaro fué destacado a Perpignán, pasando luego a tomar parte en las conquistas de Duren—24 de agosto de 1543— y Rocremond—2 de septiembre—, destacándose en Lanbrecy, desde donde fué a ocupar Luxemburgo, tarea que se le encomendara bajo su mando y responsabilidad, y la que tuvo feliz desenlace definitivo en junio de 1544.

En Epernay, sobre el Marne, D. Alvaro estuvo a punto de morir quemado en un asalto, pero ni aun teniendo que guardar cama dejó de dirigir la lucha desde el lecho, mereciendo que el Emperador le honrara visitándole en su aposento.

Asentadas paces entre Carlos V y Francisco I a fines del año, aquél licenció sus tropas, excepto el tercio de Sande, que pasó a Hungría para prestar servicios al Rey de Romanos, D. Fernando, hermano del Emperador.

En 1545, al mismo tiempo que se reunía en Trento el famoso Concilio ecuménico, los protestantes se aprestaban a la lucha. Carlos V juntó tropas en Ingolstadt, a donde vino D. Alvaro, desde las lejanas tierras húngaras, para tomar parte en la llamada campaña del Danubio. Numerosas y brillantes fueron sus actuaciones, destacando entre ellas su avance hasta el campo enemigo, en el

---

(9) Existe en Simancas numerosa documentación relativa a Sande en este período, entre ella un relato de los sucesos, escrito por el propio D. Alvaro.

(10) Como quiera que sólo pretendemos trazar una escueta nota biográfica de Sande, prescindimos de anotaciones de la bibliografía genérica del período y de la específica de los diversos episodios, limitándonos a anotar algún caso de mención concreta y destacada.

que degolló a los centinelas y sostuvo dura lucha en la noche del 28 al 29 de agosto de 1546.

Concluída esta campaña después de las conquistas de Ulma, Ausburgo y Francfort, en 1547 comenzó la que se denomina del Elba, dirigida personalmente por Carlos V. De nuevo volvió a actuar eficazmente Sande, tanto en la prisión de Alberto de Brandenburgo como en las sublevaciones de Bohemia y Silesia, alzadas contra el Rey de Romanos, realizando aquí la arriesgada hazaña de penetrar disfrazado en el campamento enemigo para traer informes a las tropas imperiales, lo que mereció el elogio del historiador Zapata (11).

En todas las incidencias ocurridas hasta la gran batalla de Muhlberg—24 de abril de 1549—, así como en este resonante triunfo, inmortalizado por Tiziano en el famoso retrato de Carlos V, Sande tuvo singular destaque, siendo gente de su tercio la que apresó al derrotado duque Mauricio de Sajonia, jefe de los protestantes (12).

Concluídas las campañas en Alemania, D. Alvaro pasó a Italia e intervino en las guerras del ducado de Parma, de Siena y del Piamonte.

Originóse la primera de tales guerras después de la muerte del Papa Paulo III—10 de noviembre de 1549—; la segunda, surgida por el afán de independencia de los sieneses contra la dominación española, se prolongó desde 1552 a 1555; la tercera fué promovida por el rey de Francia, Enrique II, que había heredado de su padre, Francisco I, el odio a la causa imperial. En todas estas campañas, cuyo relato alargaría innecesariamente nuestro trabajo, Sande fué figura de primer orden.

La permanencia de D. Alvaro en territorio italiano se prolongó hasta las paces asentadas entre España y Francia en abril de

---

(11) Luis Zapata: *Miscelánea*, en *Memorial Histórico Español*. Madrid, 1859, tomo IX, pág. 112.

(12) En el Real despacho de concesión del título de Marqués de Valde-fuentes (*Memorial de Ulloa*, fols. 77 vto. y sigtes.), se hace a D. Alvaro autor personal de la prisión del Duque. Lo cierto es que intervinieron en ella subalternos suyos, siendo el principal Diego de Carvajal, según Baltasar Porreño: *Varones ilustres de la nobilísima casa de Solís*, ms. en el archivo de los marqueses de Ovando, en Cáceres.

1659, reinando ya Felipe II y muerto su padre Carlos V. Estas paces dieron ocasión para emprender otra campaña contra infieles en las costas africanas, siendo entonces cuando ocurrió el desastre de los Gelves, sobre el que luego expondremos algún antecedente, sin entrar a narrarlo, ya que es éste el episodio en el que reservamos a Sande el papel de cronista y hemos de conocerlo a través de su relato, publicado en estas páginas.

Cautivo de los turcos después del desastre, llevaron a don Alvaro a Constantinopla, encerrándole en la torre del Mar Negro. La actitud que mantuvo durante su prisión fué siempre noble y digna, rechazando en todo momento las constantes y tentadoras ofertas que los turcos, ansiosos de contar con tan magnífico paladín, le hacían para que se pasara a su servicio (13).

En el rescate intervinieron, realizando gestiones de 1561 a 1565, Felipe II, el Rey de Francia y el ya emperador D. Fernando, antiguo Rey de Romanos, con quien siempre le ligó gran intimidad, a causa de la que tuvo el Monarca con el abuelo materno de Sande, el camarero de la Reina Católica, Sancho de Paredes Golfín (14).

Libre, gracias a la intervención de D. Fernando y al pago de sesenta mil escudos de oro, D. Alvaro volvió a la vida militar en Nápoles, no sin que le fuera preciso defenderse de las censuras que se le querían hacer por su actuación en los Gelves, sobre lo cual escribió el relato que motiva este trabajo (15).

Su última empresa, brillantísima, fué el socorro a la isla de

(13) Existe mención de que se llegó a ofrecer a D. Alvaro el gobierno de Egipto y un salario de cincuenta mil ducados. Vid. Fernández Duro: Op. citado, pág. 52.

(14) Existe inédita o publicada en *Colección de documentos inéditos para la historia de España*, documentación relativa a cuanto venimos refiriendo. De las relaciones del camarero con el Rey de Romanos, el *Memorial de Ulloa* (folios 114 vto. y 115), recoge una carta del Monarca contestando a D. Sancho sobre la recomendación que le hizo de su nieto D. Alvaro de Sande, en los comienzos de la carrera militar de éste.

(15) Una de tales acusaciones fué el suponer que la final salida que D. Alvaro hizo del fuerte en los Gelves fué con propósito de huir, lo que categóricamente desmiente Diego del Castillo: *Historia de la presa de los Gelves en Africa y valiosísima defensa que hizo de la fortaleza don Alvaro de Sande*, en *Colección de libros españoles, raros o curiosos*. Madrid, 1889, tomo IX, pág. 274.

Malta—1565—, sitiada por los turcos, operación en la que tuvo a su cargo el mando del ejército, logrando en ella completa victoria.

Al regreso de Malta fué a Madrid, donde Felipe II premió sus servicios, concediéndole en señorío el pueblo de Valdefuentes (16). En 4 de julio de 1566, el mismo Monarca le otorgaba el título de Marqués de Piovera, denominación cambiada luego por Felipe III, en 2 de agosto de 1616, en el nieto de D. Alvaro, por la del citado pueblo de Valdefuentes.

En 8 de septiembre de 1571, Sande, que ostentara antes los cargos de maestro de campo y capitán general, fué nombrado gobernador de Milán (17). En esta ciudad dejó de existir, el 20 de octubre de 1573 (18), en la cumbre de su poderío, aureolado por la fama de tantas hazañas.

De su matrimonio con D.<sup>a</sup> Ana de Guzmán y Ayala, dama de la Emperatriz (19), le nació D. Rodrigo de Sande, II marqués de Piovera, cuya descendencia ostentó el marquesado de Valdefuentes, incorporado luego a la casa ducal de Abrantes (20).

\* \* \*

---

(16) Tirso Lozano: *Historia de Montánchez*. Badajoz, 1894, pág. 286.

(17) No es cierto que el nombramiento fuera interino, como dice Francisco Bellati (*Seire de goveriatori di Milano*, Milano, 1776, pág. 4), pues consta lo contrario en carta del propio Sande al Rey. Archivo General de Simancas, Patronato Real, leg. 8, fols. 39 y 40.

(18) La fecha exacta de su muerte, no mencionada por ningún historiador ni recogida en otros documentos, consta en el testamento de su hijo D. Rodrigo, del que publicamos, como apéndice, el encabezamiento, pie y cláusulas relativas al padre.

(19) Fueron padrinos de la boda el rey D. Fernando, hermano de Carlos V, y su esposa la reina D.<sup>a</sup> Ana. *Memorial de Ulloa*, fol. 80.

(20) Hijos de D. Alvaro y D. Ana fueron: el citado D. Rodrigo, D.<sup>a</sup> Isabel (casada con D. Gonzalo de Ulloa, señor de Torreorgaz, con sucesión) y D.<sup>a</sup> Elvira (esposa de D. Pablo de Mayoralgo, de quien tuvo un hijo único, D. Francisco, muerto sin sucesión). Don Rodrigo casó con D.<sup>a</sup> Inés Enríquez y fué su hijo único D. Alvaro de Sande, I marqués de Valdefuentes, casado con D.<sup>a</sup> Mariana de Padilla (hermana del I Conde de Mejorada), cuya hija única, D.<sup>a</sup> Ana de Sande, II marquesa de Valdefuentes y II condesa de Mejorada, casó con don Alonso de Lancastre, duque de Abrantes y marqués de Puerto Seguro. *Ibidem*, folios 80 vto. y 81.

La isla de los Gelves, de unos cuarenta kilómetros de longitud por dieciséis de anchura, en la que ocurrieron los dolorosos episodios que Sande recoge en su relato, fué siempre un estratégico lugar, aprovechado por piratas y moros como base de actuación contra los cristianos. Situada al suroeste de Malta, tan próxima a Trípoli que por un puente de madera tenía comunicación con la costa, los bajos y canales de difícil acceso que la rodean le prestaban las mejores condiciones para nido de piratería.

En los lejanos tiempos del almirante aragonés Roger de Lauria, en 1284, se hizo en los Gelves el primer desembarco cristiano para castigar a los infieles. En 1510 conquistaron Trípoli las fuerzas del rey D. Fernando el Católico, mandadas por Pedro Navarro, conde de Olivetto (21). Para completar esta operación, tropas a las órdenes de D. García de Toledo desembarcaron en los Gelves, originándose entonces el primer gran desastre en la trágica isla, pues los cristianos fueron destrozados, muriendo, entre otros muchos, el jefe de la expedición (22).

No fué tampoco demasiado feliz, aunque tuvo relativo éxito, el desembarco de D. Hugo de Moncada, virrey de Nápoles, en 1520 (23).

Perdida por los caballeros de San Juan de Jerusalén la isla de Roda, que pasó a poder del sultán turco Solimán, Carlos V dió a la Orden la isla de Malta, donándole también la ciudad de Trípoli; pero en 1558, aliado el aludido Sultán con el Monarca francés, envió una escuadra mandada por Piali-Bajá, en la que iba el famoso Dragut, la cual, tras de causar daños en las costas de Calabria, Nápoles y Baleares, puso sitio y conquistó la ciudad de Trípoli. En ella quedó como gobernador Dragut, el que poco después se adueñaba de la isla de los Gelves, traicionando al jeque que la tenía a su cargo (24).

(21) Vid. Martín de los Heros: *Historia del Conde Pedro Navarro*. Colección de documentos inéditos para la *Historia de España*, tomo XXV.

(22) De este desastre se ocupan, entre otros, Fernando de Herrera (*Anotaciones a las obras de Garcilaso*), Pedro Mártir (*Opus epistolarum*), Garcilaso (*Egloga Segunda*), Luis del Mármol (*Descripción de Africa*) y Alvaro Gómez (*De Rebus Gestis*).

(23) Vid. Gaspar de Baeza: *Vida de don Hugo de Moncada*. Colección de documentos inéditos para la *Historia de España*, tomo XXIV.

(24) Vid. Jurien de la Gravière: *Les corsaires barbaresques et la marine de Solimán le Grand*. París, 1887.

Todo esto entrañaba una terrible amenaza para Italia y las islas del Mediterráneo dominadas por cristianos. Por ello, al asentarse las paces con Francia en 1559, Felipe II acordó enviar una escuadra a Africa, mandada por el príncipe Andrea Doria, designando capitán general de la empresa al Duque de Medinaceli, virrey de Nápoles.

No pudieron juntarse las tropas con demasiada celeridad, siendo el retraso causa de perder la ocasión propicia, que hubiera sido en los meses de septiembre y octubre, porque las dificultades fueron muchas: Don Alvaro, que debía reunir en Milán, entre alemanes, italianos y españoles, un total de seis mil, apenas pudo juntar tres compañías, con las que aún hubo grandes dificultades durante el viaje. Viejo y enfermo el famoso almirante, príncipe Andrea Doria, vióse imposibilitado de tomar el mando de la armada, sustituyéndole su sobrino Juan Andrea Doria, cambio que motivó el retraimiento de algunos para sumarse a la empresa.

Todos estos contratiempos y dificultades privaron a la expedición de sus dos fundamentales resortes, que eran la celeridad y el secreto. No hubo celeridad, con tantas dilaciones, y perdióse en absoluto el secreto, con lo que al fanático Dragut, al tanto de lo que se preparaba, le sobró tiempo para disponer una buena defensa.

Las fuerzas españolas, trasladadas desde Mesina a Zaragoza de Sicilia, zarparon de este puerto en los días 17 al 20 de noviembre de 1559. Como capitán general iba el Duque de Medinaceli; por lugarteniente, D. Alvaro de Sande (25).

Los vientos contrarios, mala navegación, indisciplina y baja moral de las tropas, disponían el camino a una catástrofe que no nos proponemos referir ni analizar, pues tras estos breves antecedentes dejamos al protagonista de la aventura el papel de

---

(25) De la expedición, a más del relato de Sande y del citado de Diego del Castillo, escribieron crónicas, entre otros, Antón Francesco Cirni Corso (*Successi dell Armata della Maesta Catholica destinata all'impresa di Tripoli di Barbaria, della presa de le Gerve...*, Venetia, 1560); M. T. de Carrelieres (*Histoire de l'emprise de Tripoli e prinse des Gerves*, Lión, 1561); Alonso de Ulloa (*Suceso de la jornada que se començo para Tripol, año de 1559, y se acabó en los Gelves el de 1560*, Venetia, 1572), y Corrales (*La jornada de Berbería de 1560 y 1561*, en Fernández Duro: Op. cit. págs. 67 y sigtes.).

historiador que hoy le hemos asignado. Lo escrito por él nos dará una visión de la tragedia.

Pasa, lector, a las páginas en las que es cronista D. Alvaro de Sande, famoso general de los ejércitos de Carlos V y Felipe II.

## RELACIÓN

QUÉ DON ALVARO DE SANDE DIÓ A SU MAJ. DE LA JORNADA  
DE BERBERÍA DE LOS AÑOS 1559 Y 60, SOBRE LAS COSAS EN  
QUE SU PERSONA SE HALLÓ

S. C. R. M.

Don Alvaro de Sande, digo, que yo vine á esta corte á besar las Reales manos de V. M., y por su ausencia he estado aguardando aquí algunos días, en los cuales he entendido que algunas personas, con particulares respetos é invidias, han querido informar á V. M. de cosas que en la jornada de Trípol y fuerte de los Gelves me quieren cargar injustamente y en contrario de la verdad, é aunque estoy cierto que V. M. no habrá dado crédito, ni dará á sus parlerías, todavía he querido dar á V. M. relación por escrito de todo lo que en la dicha jornada pasó, desde el principio hasta el fin, la cual es la siguiente, y suplico á V. M. sea servido verla.

Habiendo vuelto de Nápoles de Lombardía el año de 1559 por el mes de junio, de tomar la posesión de los cargos en que allí V. M. me mandó servir, y hallándome en Pauñ (así) con mi mujer y casa, determinado en reposando algunos días venir en España á besar á V. M. las manos y pedille merced por mis servicios, llegó á Milán el Comendador Guimarán con una su orden para el Duque de Sessa, para que de la infantería española que allí había diese mil y quinientos hombres para que fuesen á servir á la empresa de Trípol, que V. M. mandaba se hiciese, y á mí me mandó servir y ordenó que tomase la dicha gente y que con ella y otros 2.000 españoles de los de Nápoles, del cargo de mi coronelía, que mandaba al Duque de Alcalá me diese, fuese á servir en la dicha empresa, y que en Génova, por su orden, se adrezarían naves en que pasase la gente de Lombardía.

Sucedió en este tiempo la muerte del Rey Enrique de Francia, y aunque el Duque de Sessa estaba determinado dar los mil y quinientos hombres que V. M. le mandaba, y andaba procurando el pagamento della para expedirla, parecióle que de la muerte

de Enrique podrían nacer algunas novedades, é que no era bien hasta tener otra orden de V. M. desguarnecer aquellas plazas y estado, y así el dicho Duque tomó esta resolución conmigo.

Pareciéndome que en el medio que llegaría la nueva orden de V. M. yo podría ir á Nápoles y Sicilia á entender de los Virreyes de aquellos reinos, del de Nápoles, si era su voluntad dar la gente, y del de Sicilia, para saber dél lo que mandaba, vista la dificultad que el Duque de Sessa ponía en dar la suya, y así lo puse por obra y fuí á Nápoles, adonde hallé á D. Sancho de Leyva, y al Comendador Caldes, que había ido de parte del Duque de Medina a solicitar la ida de la infantería y á pedir cierta artillería, municiones é vituallas, y habiendo tratado algunas cosas en este particular, él me respondió que daría la gente, que no la diese el Duque de Sessa, y con una galera que me mandó de las del dicho D. Sancho, pasé luego en Sicilia, y hallé que el Duque de Medina Cely, Visorrey della, y á quien se había cometido la dicha empresa, tenía ya hechos muchos aparatos para ella, así de vituallas, artillerías y municiones, como fletado muchas naves para que sirviesen en ella, y me había despachado un correo para que con la infantería española que había de llevar de Lombardía llevase asimismo dos mil y quinientos italianos y procurase recoger dos mil alemanes de los que entonces se licenciaban y los llevase también, el cual despacho no me halló en Milán ni topó en el camino, por haberle hecho yo por mar. Hallé asimismo que el dicho Duque de Medina había mandado levantar gente en Sicilia y Calabria, y pareciéndome qué estaba ya determinado hacerla y que lo mucho que se había gastado y los preparamientos que estaban hechos forzaban á que se prosiguiese en ella, y que para aceptarla y que hubiese buen efecto convenía llevar más gente vieja y plática de la que entonces veía, que era sola la de Lombardía y tres ó cuatro compañías de la de Sicilia y muy poca de la de Nápoles, aprobé la orden que el dicho Duque me había enviado de levantar y traer con la infantería española de Lombardía la alemana y italiana y con esta determinación y orden volví á embarcarme y fuí á Nápoles y Génova, y de allí pasé a Milán, donde hallé que ya el Duque de Sessa le había llegado nueva orden de V. M. para que diese los dos mil é quinientos infantes, y en el medio que

los pagaban, yo hice levantar tres mil italianos y setecientos alemanes en tres banderas, y con ella y la española fuí á Génova, donde, así porque no estaban adrezadas las naves en que habían de pasar los alemanes é italianos, como por contrarios tiempos, me detuve diez y ocho días.

Ordenó el Duque de Sessa que la paga de la infantería española se fuese á hacer en Génova, por evitar que no se quedasen algunos soldados después de la paga; y como en aquélla se quisieron reformar las ventajas y se trató de que hubiese algún perdón ó suelta de pagas, la gente se alteró y amotinó, y lo mejor que pude lo pacigué y aquieté, y después de haberla pagado la embarqué en las galeras de Sicilia, con las cuales estaba allí don Berenguel de Requosens para aquel efecto.

E porque en este medio había hecho partir las naves con los alemanes é italianos, por no perder tiempo, por una borrasca é temporal que tuvieron, volvió al puerto una en que iba parte de la infantería italiana, algo mal tratada, é para repararla é hacerla partir con brevedad, hice que el dicho D. Berenguel se partiese con la infantería que tenía embarcada en sus galeras, dejándome á mí una de las suyas con otra que allí estaba del Príncipe Doria, con las cuales, dejando ya reparada la nave y á cargo del Príncipe Doria y el Embajador Figueroa que la mandase partir con el primer tiempo, me partí dos días después que el dicho D. Berenguel y llegué á Mecina algunos días antes quél, á primero de xbre., y después llegaron todas las dichas naves á salvamento sin haber disturbado á nada la dilación de su llegada.

Partió de Mecina el Duque con toda la armada á primero de noviembre, y no pudiendo pasar de Zaragoza por los contrarios tiempos, estuvo allí hasta primero de diciembre, que partió para Malta, donde llegaron todas las galeras, y las naves volvieron á Zaragoza; por la extremidad de los malos y contrarios vientos tardó muchos días en juntarse toda la armada y hubo grandes dificultades en ello, y en el medio que se juntaba, el gran Maestre y todos los pláticos de la costa de Berbería fueron de parecer que el armada, con el tiempo que partiese de allí, fuese al Seco del Palo, que es en la costa de Africa, en Trípol, y la isla de los Gelves, 85 ó 90 millas distancia de lo uno y de lo otro, y que los navíos que primero llegasen esperasen allí á los otros, y con esta

resolución, con el primer tiempo, que fué á los 10 de hebrero, se hizo el armada á la vela y las naves siguieron su derrote al Seco, y las galeras fueron á los Gelves para hacer allí agua; donde allegaron fueron descubiertas dos naves turquescas surtas, la una adonde llaman la Cántara, y la otra junto á la Roqueta, y para tomarlas, algunas galeras se adelantaron, y entre ellas la Capitana de D. Sancho de Leyva, que llegó primero que nadie, y la una dellas la tomó sin haber hallado en ella persona ninguna, é aunque la nave se había entrado por una canal donde con mucha dificultad podía entrar galera ninguna, entró D. Sancho, porque llevaba consigo un Chuzamuza, cosario turco que él tenía preso, y era muy plático en aquella costa. Arrimándose la armada á ella, descubrimos dos bajeles de remos que estaban surtos en la Cántara, en parte donde les era imposible huir. Estaba Juan Andrea muy malo, y envióle el Duque á decir que ordenase á don Sancho que fuese á tomar aquellos bajeles, que á lo que se podía juzgar parecían galeotas. No sé si le ordenó; pero sé que nadie fué á tomarlos, y que se supo que eran una galeota y una galera sutil, é que estos navíos fueron á Constantinopla, y en ellos Luchaly á pedir el socorro de Trípol y á dar la nueva de la llegada de nuestra armada; y si se tomaran, como se ordenó y fácilmente pudiera, no solamente el aviso le tuvieran tan brevemente en Constantinopla, de que tanto daño resultó, pero se supiera que estaba en la isla el Dragut y fuera posible, y aún no lo dudo que se tomara, y de su prisión nascía con muy poca dificultad la pérdida de Trípol y los Gelves, sin haber sucedido ninguno de los inconvenientes pasados (1).

Detuviéronse las galeras en saquear las naves casi todo lo que quedaba del día, y acordóse que el siguiente se fuese á hacer el agua de la Roqueta; y para asegurar á la gente que la había de hacer, el Duque sacó toda la infantería que iba en las galeras, y túvose la mayor parte del día una gruesa escaramuza con los moros de aquella parte, que son aficionados á turcos, y con más de 500 turcos á pie y á caballo que allí estaban con el Dragut, y á otro día sucedió por mala orden la desgracia á las ocho galeras que se habían quedado atrás.

El día siguiente las galeras partieron de allí é fuimos al Seco del Palo, donde hallamos algunas naves de las nuestras surtas,

y fueron llegando de día en día las que faltaban, y las ocho gale-  
ras que arriba digo: así por la dilación de la llegada de las naves,  
como por ser los tiempos muy pésimos y contrarios, al Duque le  
fuerza estar allí muchos días, en los cuales, así porque la gente  
iba muy cansada y fatigada de la larga navegación y trabajo de  
aquel invierno, como por la mutación de los aires y ser las aguas  
muy suaves, se inficionó una enfermedad y pestilencia tan gran-  
de, que se echaban cada día gran cantidad de cuerpos a la mar;  
é visto esto, é que aún no habían llegado algunas naves en que  
iba infantería española é alemana é vituallas, é que el tiempo  
era contrario para ir á Trípol y las naves estaban con gran peli-  
gro de dar al través como había dado la nave Capitana, acordó  
el Duque de tomar parecer de todos los que éramos del Con-  
sejo, para que se viese lo que se había de hacer é más convenía  
al servicio de V. M. é al bien de la empresa á que íbamos. Fué  
mi parecer é voto que dí que V. M. me había ordenado que  
fuese á servir en aquella empresa, é que estaba presto y apare-  
jado para morir sirviendo en ella. Resolviéronse todos en que la  
empresa se hiciese, é que porque del estar allí nascía tanto  
daño, por la mortandad de la gente y la disminución de las vitua-  
llas, que con el primer tiempo, sin esperar las naves que falta-  
ban, se partiese el armada; é que si el tiempo viniese contrario  
para poder ir á Trípol é bueno para volver á los Gelves, que  
por salir de allí se fuese á ellos, donde la gente podría des-  
embarcar é refrescar é limpiar las naves, creyendo é teniendo  
por cierto que los moros de la isla eran amigos, porque en ella  
hay tres parcialidades: una amiga de turcos, y las dos enemigas;  
é porque éstas habían enviado a Sicilia á pedir ayuda para  
echarlos de la isla, y también porque sabíamos que el Dragut,  
después que tuvimos con él la escaramuza y entendió que íba-  
mos a Trípol, se fué a meter en ella con todos sus turcos sin  
dejar ninguno en la isla, sino muy pocos en la guarnición del  
castillo, y que con el primer buen tiempo se embarcaría la gente  
é proseguiríamos nuestra jornada, y que asimismo recogeríamos  
allí las naves que faltaban y las vituallas que venían de Sicilia, y  
así con esta resolución y acuerdo pusieron todas las naves á  
pique para partir a donde el primer tiempo nos encaminase (2).

Quiso Dios que el día siguiente, que fué a 2 de marzo, no

solamente se mejoró el tiempo para ir a nuestro viaje, pero refrescó tanto al contrario, que partiendo con él para los Gelves, conforme á la determinación que se había tomado, que en menos de diez días fuimos surtos al cabo que llaman de Valguarnera, que es lo último de la isla á la parte de poniente, y donde es la parcialidad más enemiga de turcos, y era la obstinación de los tiempos malos tanta, que estuvimos sin poder desembarcar cinco días; y contra la opinión que llevábamos, no solamente a los moros les pesó de nuestra ida allí, pero nos negaron las vituallas, y el día siguiente, que nos desembarcamos, que fué a los 8 de marzo, por defendernos los pozos, dieron la batalla: y acampándose junto con nosotros, estuvieron cinco días, hasta que visto que el Duque quería volver a pelear con ellos, se rindieron y sometieron a la devoción de V. M., echando los turcos del castillo é entregándole, é con las demás condiciones que V. M. habrá visto.

Y pareciendo que pues aquella isla se había sujetado y atraído á la devoción de V. M., era bien de procurar de conservarla, y convenía hacerlo por lo mucho que importaba á la quietud de los reinos de Sicilia y Nápoles y navegación de ellos, por ser aquella isla tan vecina á ellos, donde se recogían muchos cosarios, así á vituallarse como á repararse é hacer navíos y invernarse en ella y vender las presas que en los dichos reinos y costas de Italia hacían, que para esto era bien hacer un fuerte competente donde se pudiese meter guarnición de gente y artillería, porque habiéndole se quitaría la frecuentación de los cosarios y disturbaría mucho la contratación y paso de los turcos que pasan á Argel é poniente y se ponía la isla en perpetua subjeción, y podría servir de escala y de casa de munición para las empresas que en Africa se quisieran hacer, é para los navíos que quisiesen andar en corso contra turcos, y que el mejor sitio y parte donde se podía hacer era donde estaba el castillo, incorporándole en él, porque no se quería comenzar obra que pudiese disturbar á que, con el primer tiempo y llegado de Sicilia las vituallas y gente que se esperaba, no se pudiese partir el armada a Trípol, sino dejase la obra imperfecta; y porque la comodidad del castillo y haber en él lugar para poder meter vituallas y municiones y dos cisternas, y cerca tierra, leinmo, fajina y arena

para poder edificar, hacían fácil é breve el edificarse el fuerte, é también parecía más conveniente hacerle allí que en otra parte, por ser el medio de la isla y donde los moros hacen sus mercados, contractaciones y ferias, é porque de más desto, en cualquier otra parte que se quisiera hacer era menester mucho tiempo, por no tener tan a mano los materiales, é por ser necesario hacer, allende de la fortificación, magacenes para las vituallas y municiones; y si se quisiera hacer en la Cántara, donde algunos dicen que se había de hacer, por haber agua, había en ello la dilación de tiempo que era contra lo que se tenía determinado, y quedaba sujeta la plaza á ser batida por mar, por haber en aquella parte mucho fondo, lo que aseguraba el castillo, que por ser secanos no se puede acostar armada a tiro de cañón, aunque por una canal estrecha pueden llegar fustas y galeotas é otros navíos mercantiles; así que, movidos destas cosas, se determinó que se hiciese allí el fuerte, y don Sancho de Leyva tomó á su cargo el ir con Antonio Conde, ingeniero, y el Capitán general de la artillería Bernaldo de Aldana á designar el fuerte, y así lo hizo, y por su diseño se comenzó á fortificar, tomando Juan Andrea Doria á cargo fortificar él un bestión con la gente de Quirico Espínola, y de levantar otro se encargó el gran Comendador Jegieres con la gente de la Religión, y el Duque con la infantería española de otro, y el cuarto tomó á cargo Andrea Gonzaga con la infantería italiana de Lombardía, é yo le tuve de solicitar é ayudar á los unos y á los otros; y estando la fortificación en buen término, fué nueva que el turco enviaba armada para socorrer á Trípol, por la instancia que Luchaly había hecho, el cual le había ido a pedir, según dicen, en los dos navíos que arriba digo que se dejaron en la Cántara; y como de muchas partes se confirmase la venida de la dicha armada y el Duque, desesperando el poder hacer la empresa de Trípol é por desembarazarse de allí hizo dar gran prisa á la fortificación del fuerte, el cual fué en defensa el día de San Marcos, y de aquel día en adelante no se ocupó en trabajar más gente de la que allí había el Duque determinado que quedase. Habíase encargado D. Sancho de Leyva de hinchar la cisterna del fuerte, y dejóse de echar agua en ella estando llena no más que la mitad, y la cisterna que estaba dentro del castillo, que era

pequeña, se hinchó con los forzados de dos galeras de Sicilia: había buen número de botas y tinajas para hinchirlas de agua, y no se hizo (3).

Estaba en este tiempo muy malo Juan Andrea Doria, y envió algunas veces con Plinio de Bolonia á decir al Duque que mandase que se embarcase la gente y las otras cosas que habían de ir en cristiandad, y si también que el Duque mandó dar 200 escudos de su casa á Agustín Febo, alguacil real de la armada, porque solicitase la embarcación de la manera que Juan Andrea pedía que le embarcasen y el Duque que lo embarcasen: las causas que hubo para lo que quería el uno y el otro no se hiciese, se puede bien saber y á mí no toca decirlas (4).

Había el Duque acordado de dejar al Maestre de campo Miguel de Barahona por gobernador del fuerte hasta que V. M. proveyese otra cosa, y que por aquel verano quedase en él 2.000 hombres, incluyéndose en este número los soldados y la demás gente necesaria, así para el servicio de la artillería y municiones, como para el de todas las cosas necesarias, y hoviese embarcado á los 10 de mayo toda la gente que había de venir en cristiandad, excepto alguna parte de los alemanes y italianos, que entre todos no habían 400 hombres, que con facilidad con dos barcadas con los esquifes de galeras se embarcaron todos.

Llegó este propio día, tres ó cuatro horas antes que anochebiese, una fragata con dos despachos del Gran Maestre, el uno para el Duque y el otro para Juan Andrea, en que les avisaba que el armada turquesca había hecho agua en el Gozo. Fué el Duque á verse con Juan Andrea y halló que estaba en Consejo con los capitanes de la mar tratando de lo que se debía hacer, é yo quedé en el fuerte, y no sé lo que pasó en el Consejo; más de decirme el Duque que había determinado y se habían resuelto de no pelear, sino salvarse, y que dos ó tres habían sido de parecer que peleasen, junctándose con las naves, é que aquella noche saldrían de los Secos, y que como fuesen fuera, eran seguros, y que dejarían la galera Condesa en aquél, é los que con él estábamos nos pudiésemos ir, y que enviarían a tierra los esquifes de las galeras, porque no viniendo el armada ni pareciendo a la mañana, embarcarían la gente que faltaba de embarcar, é que con esta determinación salieron del Consejo (5).

El Duque vino en tierra y despachó todo lo que tenía que tratar con el rey de Caruán, que era poco. Ordenó al gobernador del fuerte lo que con el jeque había de hacer, é todas las otras cosas convenientes á la guarda y conservación de la isla, y dos horas antes del día se embarcó en una fragata é yo con él, para ir en la galera que se había ordenado que quedase allí para tomarle, que estaba á cargo del Comendador Guimarán, el cual estuvo esperando casi hasta el día, y él había pasado á su galera sin haber visto al Duque por la escuridad de la noche. Con la claridad del día el Duque mandó que la fragata fuese la vuelta de la galera, é bien fuera de pensar que las demás estuviesen donde las halló, porque lo habían acordado, que como digo era salir de los Secos; y como el día fué claro, descubrimos el armada turquesca é volvimos al fuerte.

Visto que nuestra armada era rota y desbaratada y que toda la gente de las galeras que habían encallado, y las que habían venido á la vuelta del castillo, se echaban á la mar é venían nadando, quién con barril, quién con pavés y quién á fuerza de brazos, y que cada uno se daba priesa á tomar tierra á lo menos cerca, creyendo que los moros que parecían en la marina, que no eran pocos, eran amigos; pero como vieron el armada turquesca victoriosa, y que para disculparse de lo que habían jurado pocos días había, que era vasallaje y fedelidad a V. M., era bien poner las manos en los cristianos, lo comenzaron á hacer de manera que fué menester que el Duque me mandase que fuese con gente a socorrer á los que venían a salvarse á tierra. Fué gran número de gente la que se recogió y de diversas naciones y estados. Visto por el Duque una cosa tan impensada, como era ver perdida nuestra armada, envió á decir al jeque de la isla y al rey de Caruán el ruín suceso y á esforzarlos á estar de buen ánimo; pero como vieron ellos el armada desbaratada y conocieron los ánimos de los moros, pusieron en salvo, é lo mismo hizo el tío del rey de Túnez, con quien el Duque les había enviado a hablar.

Juan Andrea, habiendo dado en los Secos con su galera, se recogió al fuerte y dijo al Duque que él se quería ir en una fragata á Sicilia á recoger las galeras que se habían salvado y á dar orden como se armasen otras tres que en Sicilia y Malta habían quedado, y asimismo dijo al Duque que él hiciese lo propio, porque

pudiese poner recaudo en las plazas y fuerzas de Sicilia que quedaban tan sin gente y desproveídas. Mandónos el Duque a don Pedro de Urríes y al Comendador Guimarán y á otros que nos juntásemos á tratar de lo que nos parecía que se debía hacer. El mío fué que el Duque había de hacer lo que Juan Andrea le aconsejaba, porque su persona no era tan necesaria en aquel fuerte cuanto en Sicilia. Dijo el Duque que no se le diese consejo teniendo respecto á su salud, sino a su honra y á lo que convenía al servicio de V. M.; y como todos fueron del propio parecer, se decidió á hacerlo, diciéndome á mí que me pusiese á punto para irme con él, pues quedaba allí el Maestre de campo Barahona, que era soldado que daría en todo buen recaudo, y que quedaban otros que le ayudarían.

Respondí que no obstante que en Barahona había las partes que S. E. decía, y en mí no más obligación de quedar allí de la que tenían los que iban con él, que porque veía que para gobernar la gente que allí quedaba, por respecto de la mucha que se había salvado de las galeras, y ser de diferentes naciones y calidades, era menester persona de mayor cargo que el dicho Barahona, y que para ello yo ofrecía la mía é quería quedar en aquel fuerte, para que en los reinos de Sicilia y Nápoles se pudiesen proveer é reparar del peligro en que estaban, así por estar desproveídos de gente, como por lo que podía el armada hacer yendo tan victoriosa é poderosa, é que me parecía que ninguno podría hacer esto mejor que yo, é que así para ello hacía elección de mí propio y suplicaba a S. E. lo tuviese por bien, y también porque el agua y las demás vituallas eran pocas y era menester desde luego mandarlas dar con gran orden, especialmente el agua, que como digo era muy poca, y acabada, se acababa la empresa á los turcos, é que entendía bien cuán á peligro de perderme quedaba, é que para no serlo hallaba uno de tres remedios, y eran: ó que los turcos por abreviar su empresa diesen una gruesa batería y asalto, ó que nuestro Señor nos socorriese con unos turbiones de agua que en verano suele haber en Berbería, ó que V. M. nos mandase socorrer, que, cierto, sola la fama de que se juntaban galeras en Sicilia ó Malta bastara á hacer que los turcos se alargaran de la empresa, ó la abreviaran procurando tomarnos por fuerza y no por asedio,

porque por tener la gente en tierra tenían las galeras desarmadas, y la parte donde ellos tenían su armada, eran secanos, y tan lejos de tierra, que con mucha dificultad un esquife de galera podía hacer más de dos viajes en un día; y si tuvieran nueva que se junctaban algunas galeras, les era fuerza, por guardar las suyas, embarcar la gente y tenerla en el armada, por la dificultad, que como digo, había de poderla embarcar brevemente y dejarnos á los del fuerte desembarazados, y para esto bastaban 30 ó 40 galeras, porque no embarcados, les podían tomar y quemar su armada, é queriéndola guardar nos dejaban en la isla libres, y siempre tuve esperanza que se haría, por no ser muy difícil, y que no embargante que entendía que me podían faltar cualquiera destas cosas, ó todas, yo quedaba allí por entretener aquel cuerpo muerto, que por tal se podía juzgar habiendo asedio, y que en esto quería hacer servicio a V. M., no poniéndoseme adelante ni mirando otro particular que este, y también que no quisiese Dios que yo me salvase viendo quedar perdidos los que me habían sido compañeros en aquella jornada, y algunos dellos en otras muchas, y que S. E. fuese cierto que si los enemigos me quisiesen tomar por asedio, no podía dejar de perderme; pero que le prometía que cuando á estos términos llegase, y el agua me faltase, saldría a perderme dando la batalla, y que hasta esta extremidad yo procuraría entretener el fuerte é los turcos en aquella empresa, como después hice lo uno y lo otro. El Duque, oídas las razones que para quedar allí le había dado, túvolo por bien, y con la comodidad que tuvo, que fué harto peligrosa, se fué en Sicilia, donde nuestro Señor fué servido que llegase a salvamento (6).

Dicen algunos que la salida que hice la última noche fuera mejor hacerla cuando los turcos desembarcaron, que éramos más, y más enteros y fuertes podíamos pelear con ellos con 2 ó 3.000 hombres ó más: éstos hablan como mal pláticos ó mal informados, ó demasiadamente apasionados, porque allende de que mi intento principal fuese entretener allí el armada, y sólo este particular me había hecho quedar allí, por las causas dichas, no había de salir temerariamente á perder aquella gente y hacer á los enemigos breve su empresa, sin poderles hacer daño; porque ellos se desembarcaron y alojaron en el propio alojamiento é

fuerte que nuestro campo tuvo después de ganada la batalla cuando en aquella isla saltamos con el ejército, que ultra de estar cuatro ó cinco millas del fuerte, estaban ellos no menos fuertes en él que nosotros en el nuestro, y no sé cómo pareciera ó con qué razón se podía hacer ir con 2 ó 3.000 hombres que entre buenos y malos podía sacar, dejando el fuerte desamparado, no solamente á combatir con 12.000 turcos que estaban tan lejos de donde me podía retirar, y en un alojamiento muy fuerte y atrincherado, con 20 piezas de artillería, pero con todos los moros, que siendo nosotros 7 ó 8.000 hombres cuando saltamos en aquella isla, sin ayuda ninguna de turcos nos acometieron á dar batalla é pelearon de manera que tuvimos la victoria dudosa, y se habían puesto y alojado á nuestra mano izquierda, y por las espaldas teníamos los árabes que habían entrado en la isla por orden del Dragut, que serían 1.500 caballos; é ultra de todas estas dificultades, había otra que no era menor, y era, para haber yo de acometer á los turcos en su alojamiento, me era fuerza ir de marina á marina, donde ellos con sus galeotas, fustas é bergantines me batían por costado; así que de salir á buscar los enemigos é irlos á combatir á su alojamiento, no podía suceder sino la pérdida de todos los que saliéramos y de los que quedaran en el fuerte. Dicen también que después que los turcos se me llegaron, salí menos veces de las que debiera, y éstos, si se hallaron allí, se acuerdan mal, ó si no lo estuvieron, están mal informados, porque ultra de lo que creo yo que ninguna tierra que haya asediada y combatida ha echado tantas veces gente fuera ni con mejor orden, no se deben acordar que siempre que la eché volvieron huyendo con pérdida, é de que una vez que entre las otras, estando los turcos combatiéndonos las galeras, por disturbarlas y parecerme que se les podía hacer algún daño en aquella conjuntura, mandé á dos capitanes que con 300 soldados españoles é italianos saliesen asaltar las trincheas de los enemigos por la parte del Poniente, é que no solamente lo hicieran, pero que después de salidos, sin pasar del foso ni hacer ningún efecto, se volvieron al fuerte huyendo, y de que muchos que la quise echar, teniéndola á punto é para salir, se iban las propias centinelas á dar aviso á los turcos; y también se les debe de haber olvidado que se me fueron á los turcos más de

1.000 hombres, de su propia voluntad, así por la mucha sed como por flaqueza de ánimo, é que no había hora ninguna de las del día ó noche que los enemigos no supiesen ni fuesen avisados de los nuestros propios de lo que dentro del fuerte se hacía, sin haber bastado remedio ninguno á que pudiese dejar de ser, buscando los que fueron posibles, porque para este particular tuve guardia, y porque de la mesma que mandaba poner se me iban, hice echar un bando que cualquier soldado que matase ó prendiese al fugitivo se le darían seis escudos al que le trujese vivo y cuatro al que le matase, y esto se observó y cumplió; y mandé hacer justicia de muchos que se huían, sin haber perdonado á ninguno. Las necesidades que allí se pasaron fueron con extremo grandes, las cuales no quiero tractar aquí todas, porque sé que V. M. está informado dellas; pero diré algunas del agua salada dulce. Comiéronse los caballos y otros animales, repartiéndolos por raciones, y hubo algunos, y no es manera de decir, que comieron hígados de turcos; y se vió vender una gallina en 14 ducados, y muchas cabezas de cebollas, que llevó una fragata que fué con unos despachos de Sicilia, á ducado cada una, y cada cabeza de ajos un real, y á este respecto, y otras cosas que llevó. El pan se amasaba con agua salada; y como la munición era queso y tocino y otras cosas saladas que apetecían a beber y la ración de agua era limitadísima, se entretuvo la gente por temor de la sal muchos días con garbanzos y algún bizcocho que se le daba y dió, y muchos murieron de sola sed, y eran los caniculares y en Berbería: trabajaba la gente toda la noche y peleaba el día sin tener ningún reposo. En ninguna parte se peleó donde no me hallase: defendí por mi persona y con pocos amigos el bestión de Gonzaga, abandonado de los que lo guardaban, dándole el asalto por un fuego que tomó un barril de pólvora. Fuí allí herido en una mano he matéronme delante de los ojos al Capitán don Hieronimo de Sande, mi sobrino, é otros amigos é muchas personas.

Había ochenta y un días que el armada estaba allí, y viendo que ya me faltaba el agua y no la había para poder dar más ración que dos ó tres días, determiné de salir á dar la batalla, como lo había propuesto desde el principio, y ansí, dejando la parte por donde más fácilmente y sin peligro de ser sentido

podría salirme, pareció mandar abrir una puerta que estaba tapiada a la parte de la marina y sacar por allí la gente, porque bajando la mar había harta plaza para ponerla junta, y en aquella parte no hacían centinela los turcos, y por todas las otras partes las tenían pegadas con el fuerte y era imposible salir un hombre sin que fuese sentido, y dí orden que seis capitanes de todas naciones tomasen la vanguardia con 300 soldados, é que yo con la demás gente é capitanes é hombres particulares, que serían otros tantos, los seguiría, dejando algunos capitanes a la retaguardia con orden que hiciesen caminar adelante la gente y degollasen a todos los que se retirasen, y a mí el primero si lo hiciese, porque aquella salida no era para volver al fuerte sin victoria, y esto, poniéndome yo a una parte de la puerta y a la otra Maroto, Sargento mayor de la infantería española de Nápoles, lo estuvimos diciendo a toda la gente que salía. Ordené que la vanguardia acometiese y caminase derecho a las tiendas donde decían que alojaba el Bajá y Dragut, é que yo iría á una tienda grande que estaba más a la marina, donde los turcos hacían guardia a la artillería, é que rota aquella me iría a junctar con la vanguardia, é todos en un cuerpo iríamos ejecutando la victoria degollando toda la gente que hallásemos hasta el caballero San Juan, é que tenía por cierto que si acertábamos a degollar algunas de las cabezas, el campo se retiraría é que sino, no se podía dejar de hacer tanto daño en los turcos que no fuesen forzados a recogerse más de lo que estaban, é darnos lugar para salir a tomar agua.

Estando sacando la gente dos horas antes que amaneciese, é que estaría del fuerte fuera más que la mitad, fuimos sentidos de los turcos y tocaron á arma, é por no dar lugar á que se recogiesen, ordené que la vanguardia partiese, é yo con obra de 60 hombres seguí el camino que había determinado, dejando atrás los capitanes que arriba digo, así para que hiciesen a la gente que iba saliendo que me siguiese, como para que hiciesen lo que tengo dicho, después de salida toda la vanguardia de á camino por donde le había yo ordenado, é rota la guardia de algunas trincheas, llegaron á las tiendas donde iban, é yo con la poca gente que me seguía rompí la guardia de la artillería, y pasando algunas trincheas para irme a junctar con la vanguardia,

estando ya muy adelante, me dió voces Perucho de Morán Ricardo que dónde iba, que no me seguía nadie, é que á la vanguardia se le iba dando la carga los turcos, y hallándonos solos el dicho Perucho y el Sargento mayor Morato, que fueron los que no me desampararon, y estando irresolutos de lo que podíamos hacer, por ser imposible tomar el fuerte, por estar ya entre él y nosotros muchos turcos, el Perucho me dijo que le siguiera, que él me llevaría por parte que me pudiese salvar en nuestras galeras, é ayudándonos la escuridad de la noche lo hizo é me llevó á ellas, siguiéndonos algunos turcos, é peleando con ellos fué herido y preso el dicho Sargento mayor Morato, y del supo el Bajá piali que yo estaba en las galeras, donde después, hasta que fuí preso, me dió una recia batería. Matáronme aquella noche al Capitán Alonso Golfín, que era mi primo hermano, yendo conmigo, y á otros caballeros muy deudos míos.

Como llegué a las galeras, envié un soldado que fuese á nado al fuerte para que diese aviso que yo estaba allí, y escribí al Contador Juan del Arcón que hablase a los capitanes y de mi parte les dijese que yo estaba en las galeras y que les rogaba se entretuviesen sin rendirse hasta que yo fuese, que lo haría en creciendo la mar; y aunque es bien verdad que era imposible tenerse el fuerte y dejarse de perder aquel día o el otro á más tardar, tengo con mucha razón queja de algunos capitanes que, no observando mi orden y sin darme parte, ni á algunos de los capitanes que estaban en el fuerte, no solamente eligieron y nombraron por Gobernador para que rindiese el fuerte al Capitán Rodrigo Zapata, que al presente está en esta corte, y él lo aceptó, pero aun por su orden, como parece por unos carteles que el Capitán Juan de Zayas le ha puesto. Le salieron á rendir el Capitán Juan de Funes y otros, sin querer esperar lo que yo les quisiese dar, ni hacerme saber ninguna cosa, estando tan cerca dellos, y por ello el Bajá les dió libertad gratis, y después vinieron a esta corte y V. M. les hizo merced.

Después que fué rendido el fuerte, los turcos fueron a combatir las galeras en que yo estaba, é como del fuerte no me ayudasen, la gente dellas desmayó de manera, que, echándose casi todos a la mar, no queriendo pelear, fuí preso sin poder hacer

mucha resistencia. Habrá V. M. entendido sumariamente por esta relación las cosas de las jornadas de Trípol que tocan a mi particular, de los cuales he querido informar a V. M. por las causas que al principio della digo; é para que entienda que en ello no hice cosa por la cual merezca reprehensión, antes por el haber quedado en aquel fuerte sin tocarme, con sólo celo de servir á V. M. é por entretener todo el verano aquella armada que tanto daño pudiera haber hecho, como lo hizo, me parece que todos los servicios que hice al Emperador nuestro señor y he hecho á V. M. no merecen la recompensa que sólo éste. E así yo venía muy confiado de que V. M. me haría mucha merced, considerando todo esto, y lo estoy de que informando y desengañándose de que en las cosas que se me han puesto hay más pasión que razón, me la hará, y estoy cierto que ningún asedio de tierra ha habido de muchos años á esta parte donde tanto se haya peleado, y que con tanta extremidad de necesidad y trabajos se haya entretenido tanto el enemigo, y así lo hallarán todos los que sin pasión lo quieran mirar y considerar.

Por tanto, a V. M. humildemente suplico mande hacer información de cómo es verdad todo lo contenido en esta mi relación, y nombrar persona para ello que sea de confianza, para que por ella conste á V. M. ser verdad todo lo que en ella digo, y lo que algunas personas con dañada intención y malíbula voluntad de mí han dicho, queriendo inturnar los señalados servicios que á V. M. he hecho, así en esto como en otras cosas, maculando mi honra é reputación, ser falsedad muy notoria, en lo cual recibiré muy particular merced de V. M., é ofrezco a dar la dicha información ante V. M. ó ante la persona que V. M. nombrare.

ANOTACIONES HECHAS POR EL DUQUE DE MEDINACELI  
AL RELATO DE DON ALVARO DE SANDE

(1).—Y porque partiendo por el mes de noviembre á jornada que se había de ir por mar, habrá muchos, y no sin fundamento, que no les parezca buena determinación, es bien, para entender la verdad del todo, que se sepa que me movieron á partir las cosas siguientes. La primera, que la navegación era segura, porque de Mecina al puerto de Augusta hay 70 millas, el cual es capacísimo para recibir muy mayor armada. Del dicho puerto al de Zaragoza 30 millas, y desde Zaragoza a Malta 100, y de Malta a la Lampadosa 90, y de allí al Seco de los Gelves 170, y del Seco de los Gelves al Seco del Palo 50, que todos son puertos, y donde el armada se podía reparar, como se reparó, y aguardando tiempo en cada una destas partes para ir a la otra, no acaesce de ordinario en estas mares levantarse tan presto temporal que estorbe en tan poca distancia que no se tome puerto, como se hizo. También me movió á partir hallarme con casi 15.000 hombres de guerra en el reino de Sicilia y sin dineros para pagallos, de que tocaba una buena parte al Visorrey de Nápoles, pues si se despidieran sin pagas, se habían de alojar a discreción y fuera darles en prenda el reino, y esto es cosa tan nueva y recia para Sicilia, demás de la escabrosidad de la gente, que, certísimo, sucedieran grandes desórdenes y alborotos, como ya en tiempos de mis predecesores en este cargo acaesció diversas veces, especialmente cuando el motín de randazo, pues siendo tan menos gentes, fué desorden tan notable, que tal pudiera suceder de invernarse tanta más y de diversas naciones, sino que en lugar de conquistar se destruyera la casa propia, como ya lo consideró D. Hugo de Moncada cuando tuvo alojada

dos 15.000 españoles en la Fariñana, isla despoblada, aunque no se hizo de manera que Marsala no lo sienta hasta agora. Túvose atención á partir de Zaragoza á lo susodicho, y á que en Malta habría menos inconvenientes que en Sicilia se esperaban, porque la gente no sólo estuviera fuera de la fertilidad de Sicilia, más en una isla muy estéril, porque si cometieran alguna ruindad no podía dejar de salilles mal y de entregarse de hambre, pues teniendo por contrarios al Maestre y Caballeros, el Burgo y Castillos, juncto con las galeras y naves, y mi persona y gente principal que á la jornada iba, no podían meterse los soldados en parte en toda la isla que tuviesen de comer; y si partiéndose de allí en invierno no se pudiera llegar á Trípol por no haber puerto para nosotros, no sólo era de menos inconveniente invernar en Berbería con el ejército yendo tan bien proveído de vituallas, pero era mejor, por ser la región más sana y poderse hacer algo en los Gelves, como lo escribí á S. M. antes que partiese de Zaragoza, o en alguna otra parte, con que los soldados se entretuviesen y refrescasen, de más que se llevaba esperanza fundada en mucha razón, que los moros proveerían de vituallas frescas por dineros (como lo hicieron), a causa de la enemistad que tenían con Dragut, de que había mucha noticia, dejado a aparte que es costumbre suya muy sabida, por su particular ganancia. Halléme obligado á esto, porque como se fué juntando la gente poco a poco y con muy gran esperanza de la que me habían de dar los Duques de Sessa y de Alcalá, había de ser cierta y presta como su Maj. mandaba, no hubo razón ni causa para que yo dejase de juntar la que á mí me tocaba, y hacer tan gran gasto como se hizo en esto y en la abundancia de vituallas y municiones que se llevaron, porque la infantería española de Lombardía se detuvo a causa de la muerte del Rey de Francia, como dice D. Alvaro de Sande, y del motín de Génova, y la de Nápoles, esperándola de hora en hora, tardó, de manera que habiendo de venir por orden de S. M. 2.500 hombres, no llegó el cumplimiento sobre los 600, poco más ó menos, que trujo D. Sancho en las galeras, hasta los últimos de diciembre que vinieron á Malta. Es así que se descubrieron las naves que dice D. Alvaro, y que la que saqueó D. Sancho de Leyva estaba metida por el canal una buena milla de donde dieron

fondo las galeras, por no saberlo y tener por proa los secanos, donde invistieron algunas, y á D. Sancho le guió Chu Zamuza, arreez de una galeota que había tomado días había en la costa del reino de Nápoles, hombre muy plático de aquellos secanos, y así abordó la nave, que estaba sola, dejada de los moros, al cual siguió el Capitán Suero Feyjó con una galeota mía, y desde donde descubrieron dos galeras de turcos que se iban metiendo el canal adelante, cuanto más podían, hacia la Cántara, que quiere decir puente, por la cual se pasa de la isla á tierra firme; siéndole dicho á D. Sancho por el dicho Capitán Feyjó que se fuese tras aquellas galeras, no lo hizo, más antes cortaron el cabo que tenía la galeota á la nave, y vino el dicho Capitán á la Capitana de Juan Andrea, donde yo estaba, y me dijo todo lo que había pasado. Estaba entonces Juan Andrea en la cámara de popa malo y en la cama, y hallándose en lo alto de la popa conmigo el patrón de la Capitana, Gasparín Doria, que era de quien más caudal hacía en el gobierno de las cosas de la mar, le dije y rogué, no una vez, sino muchas, que se entrase por aquellas galeras, á lo cual me respondió que para qué quería leñame, diciendo que la gente investiría en tierra, y yo le dije que cuando así fuese sería muy bien quemarlas, porque cuando nosotros pasásemos a Trípol no podían dejar de salir á los navíos que venían atrás y hacernos daño en ello y en las vituallas que nos viniesen, cuando más que podría ser tomarse alguna gente de la cual habríamos lengua de lo que en Berbería pasaba. Respondíome por última resolución que en ninguna manera convenía a la reputación de aquella armada que se entrase por leñame especialmente, que podría suceder algún peligro á alguna galera. Entonces le ofrescí que entrase mi galeota primero descubriendo lo que había, y el canal, y no bastando esto, vista su pertinacia, envié a pedir a Juan Andrea con grandísima instancia, y con las mismas razones, que tuviese por bien de que se entrase por aquellos bajeles, y no le pareció; y como yo no llevaba mando ninguno sobre las cosas de la mar, como me desengañó bien en Mecina delante de D. Juan de Mendoza, y quizá por su consejo, hube de tener paciencia y por mejor lo que quería, que no porfiando con él ser causa de que sucediese algún disgusto y se volviese a Sicilia. Desde á poco vino D. Sancho

de Leyva de saquear la nave, y subiendo a la galera de Juan Andrea le dije que como no había entrado tras las galeras, importando más tomar un bajel de remo que 50 naves, a lo cual me respondió que no era cosa de hablar en ello, porque era gran peligro, y que allí había estado el Príncipe Doria sobre Dragut y se le había salido con las galeras rastrando del otro cabo del puente o Cántara, y le había dejado por escarnio en una torre que está allí y que teníamos a la vista, colgado un priapo de hombre, a lo cual yo le respondí que había muy gran diferencia de lo uno a lo otro, por la ventaja que había de todas las galeras de Dragut á aquellas dos sobre que habíamos amanescido con tal armada y a la imprevista y sin que pudiese haber defensa que estorbase la entrada, especialmente teniendo tan buen piloto como me había dicho que tenía en Chuza Muza, que le había guiado iendo en la proa de la galera hasta donde llegó. Finalmente, se resolvió en que no se entrase por las dichas galeras, las cuales, demás que fueron las trujeron el armada del turco, estaban de manera que los turcos dellas no se acordaban de otra cosa sino de salvar sus personas a nado, y hubo muchos que entregaron su dinero a los cristianos que estaban a la cadena, como se ha sabido de hartos que han escapado y rescatado después acá, de los cuales se tomaba lengua, y tomada sitiábamos a Dragut en los Gelves y todas sus fuerzas, las cuales no podían salir en ninguna manera, ya que su persona saliera de noche en una barca, y se tomaban asimismo las dos galeras con más de 60 ó 70.000 escudos que tenía Dragut embarcados de la composición que había hecho en los Gelves aquellos días; y si quisiéramos saltar en tierra era de tener por muy cierta la victoria por ser antes que nos faltase la mucha gente que se nos murió en el Seco del Palo, y porque la isla estaba mal con él, a lo menos la mitad della que se volviera en nuestro favor, y cuando quisiéramos pasar con aquella bonanza, que duró siete u ocho días, le podíamos sitiar con tomalle la Cántara y las dos galeras y los más bajeles que hubiera por la costa alrededor de la isla, en un día, y dejar cuatro galeras de una parte y cuatro de la otra, y irnos a Trípol y tomarlo sin muerte de un hombre, porque lo había dejado Dragut *çõn sòlòs* 400 turcos poco más o menos, viejos, cojos y manços.

(2).—Si no hubiesen pasado por D. Alvaro de Sande tantos trabajos, maravillarme hía de que se le olvidase que su parecer no fué tan ambiguo, pues no obstante que lo que allí se resolvió fué lo más acertado, conforme a los tiempos y a la poca salud que el ejército tenía, y a la gente que nos había faltado, y de manera que yo me resolviera en ello, aunque no tuviera el Consejo y parecer de las personas que llevaba; pero no dudo de que cuando D. Alvaro vea estos apuntamientos le volverá a la memoria que especificada y abiertamente fué del parecer de todos, y que en público y en secreto lo trató diversas veces conmigo, inclinándose a la ida de los Gelves luego que se supo de las galeras que quedaron atrás que dejábamos a Dragut en los Gelves, de la gente de las cuales supo de nosotros, porque de la escaramuza no había tomado lengua, como asimismo tampoco la tomamos nosotros; y fué más de esta opinión cuando supo que era ido a Trípol, en que yo me conformé por ver la falta que de la gente que sacamos de Sicilia había, y la que de cada día iba faltando, porque lo de Trípol se ponía en peligro y lo de los Gelves era cosa segura y hacía muy cierta la empresa de Trípol, por ser el principal sustento de aquella plaza y de los turcos que la guardan, como se podría discurrir largo y se vé por el gran esfuerzo que Dragut hizo en cobrarlos y el peligro en que se puso toda la armada del turco, quedando sin gente y sola, como quedó; dejado aparte que el tiempo no estaba para ir allá, y el temporal que nos trujo a los Gelves éra viento por proa para Trípol, y de más de diez millas por hora, y duró tanto que se pudiera ir bien tarde a Trípol si se esperara en el Seco del Palo, y aún nunca a tierra de cristianos, pasando adelante la mortandad de la gente que cada día iba creciendo, lo cual cesó en los Gelves, por ser la tierra muy sana y haber salido la gente de la mar; así que lo sobre dicho no lo digo porque lo hice por parecer de D. Alvaro, pues yo lo hiciera y no se podía hacer otra cosa, sino por decir lo que a él se le olvida, pues lo que se hizo con deseo de servir al Rey nuestro señor y con toda la razón de guerra del mundo, y no sin pelear y peligro, como es ordinario en tales jornadas no me parecer que es razón, porque la fortuna haya querido ser contraria, y que fuese adverso el fin, que quede por olvidado lo que fué

bueno; y para tornar mejor a la memoria su parecer a D. Alvaro, no dudo de que se acordará que queriendo juncar otra vez el Consejo, como se hizo para tratar de nuestra ida y desembarcación y conquista de aquella isla, le dije que conociendo yo en D. Sancho de Leyva que todo lo que se proponía, pareciéndole que salía de él, lo contradecía, que me parecía que aquel día no se conformase conmigo, y que vería como tiraba a D. Sancho a todo lo que al servicio de S. M. convenía, y entonces fué cuando votó que él haría lo que yo le ordenase, cierto diferentemente de lo que concertamos, pues en lugar de dar desvió para traer a D. Sancho a lo que convenía y había tratado con él, se quiso poner en seguro de que yo huelgo mucho que lo esté; y digo que sea así, que yo lo determiné sin él, y que salió bien, y saliera mejor si las galeras no se perdieran al fin de la jornada, con que se perdió todo.

(3).—La isla quedó no solo á devoción de S. M., pero por suya, y el jeque por su vasallo, con pagarle lo que pagaban al turco, y el aduana rentará poco menos que hiciera de costa la guarnición. Y como comencé á fortificar, no esperé más poder ir á Trípol aquel verano.

Hubo otra calidad de importancia para fundar allí el fuerte, que fué que por razón de los secanos no se podía poner armada sobre él, porque habiendo de echar la gente en tierra seis millas de donde había de quedar, era entregaña á la de S. M. si viniera á salvamento, como se esperó, aunque por otro cabo parecía inconveniente para avituallararlo con una nave, lo cual se remediaba proveyéndole con carabelas armadas ó otros bajeles pequeños y de poco fondo.

Don Sancho pretendió que se hiciese en la Cántara el fuerte, y no convenía porque no había agua ni cisternas, como en el castillo, y se vió cuando Dragut estuvo allí encerrado de Andrea Doria, que enviaba á veinte millas á hacerla, como el veedor Hierónimo Sedeño lo vió por vista de ojos, habiéndole enviado entonces Andrea Doria á la isla y á su casa á negociar con el jeque. Yo ví los cordeles para designiar el fuerte en la mano á D. Sancho de Leyva. Verdad es que el designio estaba hecho por quien lo entendía mejor, y se había estrechado casi dos tantos de lo que D. Alvaro había platicado. Don Sancho nunca ayudó

á poner una piedra, ni con una espuerta de tierra ni un haz de fajina, teniendo muchos buenos esclavos y forzados, aunque yo se lo pedí y hice pedir con toda la instancia del mundo, y es cierto que hiciera más la chusma de una galera que cuatro banderas de infantería, porque se tardó el doble en partir. Antes ocupó la gente en cargar las galeras de lana y aceite para llevar á Sicilia y á Nápoles, y de vacas á Pysciota, y esto es verdad, á la causa porque perdió todas las de su cargo sin poder huir, y así las tomaron sin pelear.

También Juan Andrea, habiendo tomado a su cargo un baluarte y hecha maravillosa obra en él, pretendiendo ir con las galeras a Sicilia y dejarnos á todos allí, no pareciéndole al Consejo, sin faltar ninguno si no D. Alvaro que no declaró su voto, sino dijo que lo que se había de hacer que fuese luego, con que D. Juan de Cardona se conformó, habiéndole contradicho siempre, alzó el dicho Juan Andrea la mano del bestión, en que se perdió más de diez días de tiempo.

No sé si D. Sancho se encargó de hinchar las cisternas, porque á Juan Andrea pedí que lo mandase á los de su cargo de la mar, y él lo mandó, creo, á D. Sancho y D. Berenguel; pero sé que, como cosa que tanto importaba, estuve muchas y diversas veces todas las horas del día á verlas hinchar, y que venían muchos barriles con la mitad del agua, que fué causa de dilatarse la estada allí, y la verdad es que se hincharon, aunque de espacio, y que la de fuera del castillo se vació dos palmos y cerca de tres, y con todo esto, si nuestra armada no se perdiera, que quedaba demasiada agua para la gente que dejaba, hasta las primeras del invierno, demás que no osara la armada desembarcar su gente, como dicho es, y si lo hiciera se perdiera, lo cual lo confiesan los mismos turcos.

(4).—Las causas que yo me puedo acordar que hubo para dilatarse la embarcación fueron: la primera, mucho embarazo que nos dieron los soldados que habían de quedar en el fuerte, con esconderse y irse a los navíos y con las quejas de sus capitanes. La otra por la flojedad que hubo en enviar esquifes para embarcar la gente, ocupándolos en llevar mercadurías a las galeras, especialmente á las de D. Sancho de Leyva, porque esto yo lo ví. Tanto que los camellos que iban y venían á la

marina llevándolos á embarcar, me acuerdo que nos desasosegaban vellos pasar por muy cerca del altar donde ofamos misa en el campo. Y hubo persona de crédito que me ha dicho que llegando esquifes de D. Sancho de Leyva á la marina y pidiendo á los hombres que venían en ellos que tomasen soldados para llevar á las galeras, no lo quisieron hacer, diciendo que habían de llevar primero un caballo. También nos embarazó que pareciéndole al Maestre de campo Barahona que el foso del castillo en la parte de Levante no quedaba también como él quisiera lo debarató un día para dejallo más ancho, de manera que lo puso llano, y se hubo de andar tratando con los tudescos que lo aderezasen; y de más de todo esto, lo más principal fué el ruido que se tuvo en el zoco de los moros entre ellos y los cristianos sobre un albarcoque que tomó un cristiano á un moro sin pagárselo, de que hubo hartos muertos y presos de los moros y de algunos cristianos, á cuya causa, y por dejar el castillo en paz con la isla y que quedase por subjecta como lo era, se hubo de dilatar la embarcación dos o tres días; y es verdad que D. Alvaro de Sande me dijo que nos embarcásemos luego, y poco después de sucedido este ruido, y yo le dije que parecería que nos embarcábamos de miedo de los moros, de que no ganaría nada el castillo ó fuerte embarcarnos de aquella manera sin asosegar la isla primero y capitular con el jeque, de más de la reputación, y no tener por tan cierta la venida tan presta del armada, antes estar en opinión de hombre de experiencia y marinero, que no vernía por todo mayo, el cual había muy poco que llegó de Sicilia.

(5).—La fragata vino, como dice D. Alvaro, antes una hora más tarde que más temprano, la cual vimos él y yo llegar a tierra y en ella el Comendador Guimarans y otro gentilhombre que en el vestir y la manera me pareció que venía de fuera, y luego lo dije a D. Alvaro, y que me parecía que debía de haber alguna nueva, y en esto caminé hacia los dos, y Guimarans se adelantó a mí y me dijo suso: «Vamos de aquí, que el armada es con nosotros»; y yo le dije: «¡Cómo!» Respondióme: «Este caballero que viene conmigo, que se llama Copones, es de mi tierra: viene con la nueva de parte del gran Maestre y avisa como el armada tocó en el Gozo y fué vista de todos, y se pasó un renegado español

y dijo como venía a Trípol derecha, y que a la cuenta de la navegación que ella había hecho, llegaría aquella noche y otra podría venir a los Gelves.» Yo le respondí que cómo nos habíamos de ir; él me respondió que nos embarcásemos en aquella fragata don Alvaro y él y yo, y que nos fuésemos a las galeras con Juan Andrea y los demás, los cuales estaban determinados de irse luego. Yo le dije que cómo era posible que pudiese hacer aquello dejándome en tierra los alemanes y otros soldados y gentes, que era casi en número de otra tanta como la que quedaba en el fuerte, y que para el agua que había era grandísimo inconveniente. En esto dije a D. Alvaro y a Guimarans y a Copones que fuésemos a mi tienda, y que no se dijese nada por no alterar el campo, y así se hizo, mostrando D. Alvaro que tenía gran esfuerzo y que no vendría allí el armada en dos o tres días, diciendo que se repararían en Trípol y tratarían con Dragut, y otras cosas, y quiso que nos sentásemos a cenar; y yo, porque mi diligencia no pareciese menos ánimo que el suyo, hice lo que quiso y enviamos a Guimarans a que procurase con Juan Andrea que me enviase los esquifes, pues parecía que no convenía que yo me embarcase y dejase la gente que había de ir, especialmente siendo tanto daño quedando el agua limitada, y a la verdad, como no me puse a cenar con gana ni con sosiego, no lo pude sufrir y dije a D. Alvaro: «Dejemos esto, señor; entendamos en lo que hemos de hacer; no es tiempo de cenar con reposo»; y así, hice llamar a mi secretario, entretanto que Guimarans volvía, y firmé y despaché algunas cosas necesarias, y hice embarcar en los pocos barcos que había a mi hijo y a la mayor parte de mi casa, y ordené a la gente que había de embarcarse que estuviese a punto a la marina, esperando los esquifes, pudiendo venir todos como vino él en uno, siendo tan necesario desembarazar aquella plaza de la gente sobrada por razón del agua, y dijo como Juan Andrea y los otros caballeros y capitanes de galeras se habían juntado en Consejo, y resuélto que las naves se elevasen y se fuesen, y partirse ellos aquella noche, porque cuando el armada viniese el día siguiente de Trípol, donde presumían que estaría, no les hallase allí; y que no había para qué enviar los esquifes, sino que yo y D. Alvaro nos metiésemos en el que él venía y que nos fuésemos, porque no esperaban otra cosa que a mi ida, y que D. San-

cho de Leyva decía que no era razón que yo por dejarme de embarcar pusiese en peligro que se perdiese aquella armada de S. M.; y acordándome yo que había dado mi palabra como caballero de no dejar en Berbería a los tudescos, y de ponerlos en tierra firme y de cristianos, envié a llamar al Coronel y a los otros oficiales y díjeles lo que me enviaban a decir de la mar y el término en que estaban las cosas, y que viesen lo que de mí querían, que el armada se podía ir muy bien sin mí, y no yo sin cumplir mi palabra. Ellos se resolvieron que querían los esquifes. Visto esto, me trujeron a puncto todos los que allí estaban, y pienso que D. Alvaro, que permitirían que yo fuese a pedir los esquifes a Juan Andrea con que yo diese mi palabra de volver con sí o con no. Yo fuí, y así fué Guimarans conmigo, solos, y hallamos a Juan Andrea y a Plinio en la cámara de popa de su galera, que a mi parecer sería á hora y media o dos de noche, y entrando que entramos en la cámara dijo Juan Andrea suso: «Leva, vamos.» Yo le dije: «Oígame V. S. primero, porque no vengo para poderme ir desta manera»; y contéle lo que había pasado con los alemanes y lo que con ellos había tratado, y pedile los esquifes. Respondióme muchas cortesías, diciendo que por mi persona aventuraría las galeras, y que no se iría sin mí. Yo le respondí otras semejantes, diciendo que así aventuraría yo y pondría por él todo lo que tenía, y que si lo decía por sus galeras, que yo aceptaría el ofrecimiento como entre amigos; pero que si lo decía por el armada de S. M. que tenía a su cargo, que en ninguna manera la aventurase por mí, sino que hiciese aquello que le pareciese mejor para su salvación, y que yo volvería a cumplir mi palabra con los tudescos, y que todavía me podían dar los esquifes con que traer los que estaban en la marina, que sería cumplir con todo. Ordenó que se diesen, y dijo que viniesen los tudescos presto porque le hallasen allí, y que él pensaba hacerse a la mar aquella noche; y si descubría a la mañana a la armada hacer su camino de Sicilia, y si no que volvería por los tudescos y la otra gente a recogerlos, si no hubiesen llegado antes que partiese, y que dejaría allí la galera *Condesa*, que era la mejor que él tenía, para que esperase todo lo posible para recogerme si quisiese irme; y con esto volví al fuerte y dí orden que se embarcase toda la gente que se pudiese en los esquifes, espe-

cialmente los alemanes, y fuímonos a la marina a embarcar don Alvaro y Guimarans y D. Pedro Velázquez y yo, donde por ser baja mar y no poder llegar a la orilla una fragata en que habíamos de ir todos a las galeras, pasamos a ella D. Alvaro y yo en un barco muy chico con orden que volviese por el Conservador y por Guimarans, a los cuales, o por no haberlos hallado allí, o no haber vuelto a ella el barco, no vinieron a nosotros, y pareciéndonos gran vergüenza irnos sin ellos, los esperamos hartas horas: y en comenzando a crecer el agua, ya cerca del día, nos allegamos a tierra, y preguntando por ellos nos dijeron que había gran rato que eran idos, con lo cual nos fuimos, entendiendo que habían pasado de largo por no habernos hallado en la posta que estábamos, y así nos amanesció en el camino y reconocimos que toda el armada era levada, y la víamos que iba lejos, y mucho más adelante otras velas que juzgamos ser nuestras naves, y parte eran algunas dellas y la mayor el armada del turco. Vimos en la posta de las galeras a la que nos había dejado Juan Andrea, y llegando casi cerca della nos salieron al encuentro Guimarans y el Conservador en un barquillo, y nos dijeron que las velas que juzgábamos ser nuestras naves era el armada enemiga, la cual revolvía sobre la nuestra, que iba bien descuidada, a lo que yo puedo juzgar de toparse con ella, pues si esto se pensara, se hubiera abrazado con las naves o pasado por el Canal de los Querquenes, como dice un piloto maltés de la religión de San Juan, que se llama Tomé, que lo aconsejó; de manera que no reprobando ni loando el consejo que en la mar tuvieron, porque si se fundó en la relación del renegado, el suceso fué vario, con el cual el pueblo siempre tiene cuenta. Como quiera que sea, digo, que por suerte ó por cualquiera otra cosa que fuese, yo no me hallé en él, ni pasó más ni menos de lo que he dicho. Y tornó a decir que si por D. Alvaro no hubiesen pasado los trabajos que han pasado, que me maravillaría mucho de que no se le acordase cómo pasó este negocio, pues lo supo de muchos y de mí, y solía tener buena memoria. Es bien que se entienda que ni por partirse á la hora que vino Copones, ni mucho antes ni después, nuestras galeras dejaban de topar los enemigos, porque las llevaban por proa; y si habían de pasar sin ser vistas por aquel camino que determinaron y no por el Canal de los Quer-

quenes, había de ser de noche, como partieron, y según parece, por un griego levante que se levantó algo furioso, me parece que dieron fondo aquella noche y estuvieron surtas dos o tres horas entre el armada turquesta y tierra, de manera que no se escusaba la destinada pérdida, y fuera mayor, porque al amanecer se hallara más cerca de los enemigos para no poderse escapar las que vinieron a Sicilia, y más lejos del fuerte, para salvarse por entonces las que vinieron a él. Por donde yo juzgo que no fué sin misterio las causas que hubo a no embarcarme, por lo que a mi persona toca, y querer nuestro Señor por cumplir mi obligación, no sólo que no me perdiese, pero que no me mojase el pie, pues no se pudo juzgar entonces cuál fuese más segura, la mar o la tierra, pues si lo era la tierra, no embarcara mi hijo, y si la mar, el quedarme en tierra fué por hacer lo que debía. Así que reconocido muy bien la vuelta que habían tomado nuestras galeras y la caza que les daban los turcos, y que algunas venían a dar en tierra, recogimos los esquifes que tras mí iban con los tudescos y otras gentes a embarcarse, nos volvimos al fuerte.

(6).—Don Alvaro quiso quedar en el fuerte, como dice, pero no quedó tan desesperado de defenderse, y las vituallas y municiones fueron en demasiado número, y no siendo socorrido, de necesidad se había de perder por falta de agua, teniéndose dentro la gente que salió de las galeras, a lo menos la inútil; y esto se vé claro, pues nunca se perdió por fuerza, sino por desfallecer las fuerzas a la gente que estaba dentro, que, como demasiada, se bebió el agua antes de tiempo, y no tanto antes que no se tuviesen tres meses.

Sobre lo que después sucedió hasta la pérdida del fuerte, porque no sé cosa si no de oída, no me parescer apuntar ni trazar aquí dello.

## A P É N D I C E

CABEZA Y PIE DEL TESTAMENTO DE D. RODRIGO DE SANDE, II MARQUÉS  
DE PIOVERA, CON LAS CLÁUSULAS QUE HACEN REFERENCIA A SU PADRE,  
DON ALVARO DE SANDE

In-dei nomine Amen.—Sepan quantos esta carta de testamento  
y postrimera volun/tad vieren como yo don Rodrigo de Sande  
marques de piovera / Cavallero de la horden de Santiago y a el  
presente estoy / en esta villa de madrid y corte de su magestad y  
en/fermo de la dolencia que dios nuestro Señor a sido ser/vido  
de me dar y en mi juicio y entendimiento y cumplien/do con lo  
que soy obligado creyendo como creo bien y ffir/memente en la  
santisima trinidad Padre y hijo y es/piritu santo Tres personas  
y un solo dios verdadero / y en todo aquello que tiene y cree la  
santa madre y/glesia de rroma y protestando como protesto  
bivir / y morir en la santa ffe catolica y suplicando como / suplico  
a la virgen nuestra señora pido a su hijo precioso / mi señor Jesu-  
cristo Perdone mis culpas y pecados a hon/ra y servicio suyo  
hago y ordeno mi testamento y / postrimera voluntad en la forma  
siguiente .....

- Mando que se vean las quantas que estan en poder del /  
Tesorero de Plasencia de lo que me dio de los años que yo / fize  
los prestamos de gracia y visto lo que montare / sacado el susidio  
y escusado y costas se rrestituya a / quien lo oviere de aver de  
manera que mi conciencia se des/cargue a parecer del dicho  
frai geronimo de almonacio / mi confesor y de las personas que  
mis testamentarios / señalaren por rraçon de no aver yo rrezado

lo que tenia / obligacion mando lo suso dicho y si se pudiere componer / se componga como mejor oviere lugar y se hallaran los pa/peles y recaudos de lo [dicho en el arca de madera encorada / en el legajo que dice Papeles y quantas del tesorero / de Plasencia y ansimismo se hallaran los dichos Pa/peles en poder de gregorio martinez campanero de la / yglesia de Plasencia y declaro que goçe de los frutos / de los dichos prestamos desde el dia que mi padre murio / que fue a veinte de otubre del año de setenta y tres / por que tenia a sù señoria en su vida por bulla de / su Santidad frutos por pension de los dichos prestamos . . . .

Declaro que las escripturas que don alvaro mi señor / y padre hiço en rraçon de perdonar la pecheria de la çevada / a los vecinos de la villa de valdefuentes se guarde / y cumpla e por que el dicho mi padre mando que cada año / se gastasen ocho ducados en obras Pias por el tienpo que yo / no los oviere dado mando que se gasten en obras pias en / la dicha villa de valdefuentes cien ducados por una vez. . . . .

Declaro y es mi voluntad que Por quanto don alvaro de / sande mi señor y Padre en su mayorazgo dejo clausula / para que los sucesores del le perdiesen el dia que se casa/sen con mujer yncapaz de poder tener abito de las / hordenes militares que no fuese linpia lo qual es / justo que se guarde y asi encargo y mando a el dicho don al/varo mi hijo que no solo procure de cunplirlo sino que / se case muy aventajadamente con persona califica/da en estos rreynos considerando mas la calidad que / la hacienda e como cosa que tanto ynporta lo guar/de y cunpla con mucho cuidado y lo mismo mande / y hordene a sus sucesores. . . . .

Declaro que en el pleito de francisco Perez golfin por / la rrespuesta de las posesiones y por la rrespuesta de / la demanda general lo que se a de rresponder y en el li/bro de ytalía ay la rrepudiacion de la herencia de mi madre / la qual me quedo a dever muchos ducados y si pidiere a los / bienes de mi madre por virtud de una cedula que dice tener su/ya se le respondera que aquella se hizo en vida de su / marido y que la mujer no se

puede obligar sin liçencia / de su marido y que despues de  
muerto mi padre y su marido bi/vio mas de veinte años y en  
todos ellos no se les pidio ninguna cosa / por donde se ve el no  
deversele conforme a los papeles.....

.....  
y lo otorgo y firmo en esta dicha villa de madrid / a veynte y  
ocho dias del mes de noviembre de mill y quinientos / y noventa  
y siete años y ansimismo lo firmo pedro de / salaçar escrivano  
de cuya mano va escripto este mi / testamento.—El marques de  
de la piovera.—Pedro de / salaçar escrivano.....

MIGUEL MUÑOZ DE SAN PEDRO

Conde de Canilleros y de San Miguel.

C. de la Real Academia de la Historia.